

**Pasión por los corzos**

# **Descubriendo tierras sorianas**

**Luis Fernando Villanueva**

Mi inmediata paternidad no me permitirá este abril, después de doce años, cogerme las “intocables” vacaciones detrás de los corzos. Por ello, permítanme, con el ánimo de redimir en parte mi depresión, tirar del recuerdo del pasado año que ya compartí con mi paisano Condevito y que ahora les reproduzco.



RECECHO



Cuando ya me disponía a disparar, paré un solo segundo (aunque a mi me parecieron minutos), para darme cuenta de que, aquella excitación, aquél sentimiento, sólo me llegaba cuando cazo corzos. Aún con el rifle colocado sobre el trípode, mi mirada se perdió por encima del visor, oteando el horizonte, con el hermoso pueblo soriano de fondo. Después de varios años de rondas burgalesas y francesas y gracias a mi amigo Lorenzo, pude disfrutar, como diría Machado, de estas famosas tierras áridas y frías. Les cuento.



El desconocimiento del acotado en cuestión me obligó, muy a mi pesar, a tener compañía local los dos primeros días. Agradable pero molesta. Por un lado te empapas de la cultura y chascarrillos locales, pero por otro abusan del coche y cuando andan, lo hacen como si fueran a coger espárragos o a cazar perdices en modo campeonato. Se empeñan en mostrarme cada metro cuadrado del coto, cuando por mí hubiera recechado la misma zona en busca de un buen corzo que avistamos el primer día. Además, Salma, mi sabuesa que me acompaña en cada salida corcera, se azoga, seguramente conocedora de que tres son multitud.





En el tercer día, decepción, como tantos y tantos días detrás de los capreolus. Hay mañanas que tienes la sensación de que la noche anterior han metido una rehala en el monte. Dos corzas, un vareto aún con borra y un macho muy joven son el resultado de más de dos horas recechando. Antes de ir a descansar, me subo una hora más arriba, al monte, buscando algún corzo que se retire al encame. Incluso apuro aún más yéndome a un pinar quemado hacía algunos meses, pensando que ya habría rebrotado algo. Nada. La falta de lluvias ese invierno no había permitido hacer brillar un haz de luz verde en medio de aquél paisaje tétrico.

Cuarto y último día. El día estaba frío y gris, lo que me hacía intuir que ese día los corzos respetarían el sueño un poco más. Decido a primera hora esperar un corzo que sale en una siembra de esparceta (o pipirigallo, según zonas), que además se encuentra prácticamente a 100 m. de la linde del coto. Evitas furtivismo y malas tentaciones vecinas. Pero nuevamente esa mañana tampoco era el momento.



Después de las siestas mañaneras que tanto disfrutamos los corceros, me levanto con la grata sorpresa de que había empezado a llover después de muchos días de sequía. Presiento un buen final, ¡pero sólo queda una tarde!

Con la tarde nublada, aunque con la lluvia cesada, decido salir antes de cualquier día normal. No es raro ver un corzo a primera hora queriendo aprovechar la hierba humedecida de la mañana.

Cuando queda menos de una hora de luz, el agua que no quiso caer en todo el mes anterior jarrea en unos pocos minutos. Me refugio en el porche de una antigua ermita desde donde me permite otear buena parte la solana. De pronto miro a una parcela pegada al monte donde veo salir tres bichos. Ni siquiera me echo los prismáticos porque además, aunque estaban lejos, me parecían de cuerpo grande. ¡Y tanto! Pagué la novatada de recechar, por primera vez en mi vida en un coto del norte donde el corzo comparte hábitat con el cervuno. ¡Menudo rececho les hice a una cierva con sus respectivas crías.





Pero mira por donde, aquel rececho fue el que me permitió cazar un viejo y bonito corzo. Al llegar a ellas pude ver, en una parcela cercana y a poco más de 300 m., una corza en el ribazo de la terraza, comiendo en los zarzales. Tuve que desempañar los prismáticos en varias ocasiones para asegurarme de que no era un macho. Pero aún seguro de que no era mi objetivo, decidí rececharla por si el macho estaba rondando. Quedaba poco más de diez minutos de luz.

La lluvia, aunque en ese instante cesó, fue mi mejor aliada ablandando el terreno. Me permitió situarme a poco más de 60 m. de la corza. Cuando, de pronto, un ladrido. ¡Joder!, el corzo estaba en la raya del monte y me ha visto, pensé. Pero miro a la corza y entonces pude comprender, vista la tranquilidad de ésta, que aquello no era sino un ladrido de desencame. Salió cual rayo del monte corriendo y cuando llegó a su homóloga, se paró y se puso a comer como si nada. Mucho más allá del abate, aquélla escena bien había valido el esfuerzo de varios días.



# LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

VISIÓN CRISTALINA. MEDICIÓN PRECISA. CON EL NUEVO EL RANGE

Los binoculares EL Range marcan nuevos hitos: observaciones de alta resolución sin compromiso, transmisión de luz del 91% en ambos oculares y la medición precisa del alcance y del ángulo basada en la tecnología exclusiva SWAROAIM. El manejo intuitivo y un peso inferior a 900 gr. convierten los binoculares EL Range en el compañero ideal de caza para los próximos recechos.



SEE THE UNSEEN  
[WWW.SWAROVSKIOPTIK.COM](http://WWW.SWAROVSKIOPTIK.COM)

**Esteller**

Tel. 936 724 510 – Fax 936 724 511  
[info@esteller.com](mailto:info@esteller.com) – [www.esteller.com](http://www.esteller.com)



SWAROVSKI  
OPTIK